

LAS BASES DE LA REALIDAD SOCIAL COSTARRICENSE

Carlos José Gutiérrez

¿QUE ES INDIVIDUALISMO?

De mis lecturas de esa suprema autoridad en la materia que es don Miguel de Unamuno —y en particular de su ensayo *El Individualismo Español* (1)— concluyo que usamos el término "individualismo" en dos sentidos principales.

En un primero, entendemos por él la afirmación que se hace de la propia personalidad; la exaltación de las características propias y particulares de cada persona frente a las demás; el esfuerzo muy humano, pero no siempre practicado por los hombres, de buscar diferenciarse de sus congéneres.

Es indudable que este fenómeno, cultural o psicológico, existe realmente. En todas las latitudes, razas y naciones, encontramos personas dotadas de un alto sentido de individualidad. Sea que posean capacidades superiores a las del común del grupo a que pertenecen, que estén dotadas de una mayor voluntad o las anime un exceso de vanidad, lo cierto es que en todas las comunidades hay hombres que sienten la urgencia de separarse vigorosamente de lo colectivo, de afirmar su propio ser yendo más allá o quedándose más acá de lo socialmente aceptable y luchando contra las reglas que determinan su convivencia con sus iguales. Esa afirmación individual es necesaria, indispensable, para el conglomerado social, ya que de ella se nutren el progreso, la renovación y el desarrollo de la cultura.

No es en ese sentido en el que se dice que el costarricense es individualista. Cuando se hace esta afirmación se le da a "individualismo" un sentido diferente. Se le usa como sinónimo de incapacidad para mantener formas permanentes de asociación y se le corrobora poniendo en evidencia no las creaciones individuales que se han desarrollado en nuestro medio sino el pequeño número de organizaciones sindicales y cooperativas que existen en Costa Rica, nuestra política personalista y la apatía que siente el costarricense hacia ciertas formas de vida social.

Si en la acepción originalmente descrita, individualismo expresa una realidad cultural, cuando se le entiende como incapacidad de asociarse permanentemente no es más que una creencia, un postulado político, el ideal de una determinada época histórica.

Nace con la Edad Moderna, el capitalismo y el apogeo de las matemáticas. Está influenciado por la concepción galileica del cosmos y la filosofía cartesiana. Explica la boga que adquiere la tesis contractualista para fundar los orígenes del Estado. Sirve de base a las teorías democráticas de gobierno y fomenta el nacionalismo e individualización de las distintas colectividades europeas. Es el producto más importante de una época en que, por primera vez en la historia europea, se tiene conciencia de que el individuo es el elemento irreductible de todo grupo humano (2).

(1) UNAMUNO, MIGUEL DE. *El Individualismo Español*. En *ENSAYOS*, Aguilar S. A. de Ediciones; Madrid, pp. 439-453.

(2) Para una explicación comprensiva del nacimiento histórico del individualismo, véase: ALFRED WEBER: *HISTORIA DE LA CULTURA*; pp. 374-377. Fondo de Cultura Económica, México, 1941. Versión española de Luis Recaséns Siches.

Del individualismo como postulado, como ideal que se exalta y se practica, al individualismo como concepto utilizable para explicar la realidad social y cultural de determinados pueblos, no hay más que un paso. Se da éste en el pensamiento europeo en una forma casi insensible, debido quizá a que los estudios sociales adquieren importancia cuando la tesis individualista o racionalista mantiene su supremacía, o al afán de buscarle a cada nación características propias y particulares, que permitan diferenciarla radicalmente entre las demás.

Más de un siglo después de emprendida esa labor, resulta poco menos que imposible determinar cuáles pueblos son individualistas y cuáles deben considerarse como particular y exageradamente gregarios. En Europa, los autores sajones y protestantes señalan su religión como factor determinante en el origen del individualismo de sus pueblos y contraponen esa actitud con el gregarismo marcado de los pueblos latinos, motivado por el catolicismo de éstos. Casi no hay, por otra parte, autor español que no señale como virtud o defecto de su nacionalidad, el poseer un exagerado individualismo. Aquí en América, los latinoamericanos nos quejamos de los grandes males que a nuestras repúblicas les ha traído la asimilación de la españolísima característica del individualismo y la contraponen al acendrado sentimiento social de los norteamericanos. Al mismo tiempo, los políticos conservadores de los Estados Unidos critican toda medida de política social por considerarla contraria al individualismo, que es, según ellos, una de las características de mayor importancia del "American way of life" (3).

De manera que el problema de ser o no ser individualista no es exclusivo de esta pequeña colectividad a que pertenecemos. Difícilmente podrá haber un estudio de las características particulares de un determinado pueblo en que no se coloque al individualismo entre las fundamentales. Se atribuye hoy a unos y mañana a otros; en un sentido laudatorio a veces, con un afán de crítica o a manera de excusa de ciertos defectos, con mayor frecuencia. Por ello, la mejor respuesta que podríamos dar a la pregunta de cuales son los pueblos individualistas sería un lugar común, muy usado por los estudiantes que pretenden disimular su ignorancia con frases lapidarias: "los autores no se han puesto de acuerdo", y es muy posible que no se pongan nunca.

De ahí se concluye que el concepto de individualismo, en su acepción más corriente y generalizada no es más que un postulado político, un ideal cultural, de ese racionalismo que para afirmar el mayor poder de lo individual sobre lo colectivo dió por creer que el hombre había sido individuo antes que componente de una sociedad. La importancia de ese postulado no podrá nunca ser exagerada. Gracias a ese racionalismo se dió al ser individual el lugar que le correspondía y fue posible que se reconociera con caracteres definitivos la dignidad intrínseca de la vida humana.

-
- (3) Como ejemplo de esas contradicciones, véase lo que dice MORRIS GINSBERG en su *MANUAL DE SOCIOLOGIA* (Biblioteca Sociológica, Editorial Lossada S. A., Buenos Aires, 1942; traducción de José Medina Echeverría) pp. 66-67: "...existen en la literatura etnológica y sociológica abundantes generalizaciones de carácter no experimental sobre esas cualidades psíquicas (las diferencias de temperamento y carácter de las distintas razas) que ejercen sobre la opinión popular un influjo desproporcionado a su valor científico... Muchos autores nos dicen... que "la raza mediterránea" se caracteriza por su extrema sociabilidad o espíritu gregorio. ¿Es esto válido para todos los mediterráneos? Oigamos lo que dice de su propio pueblo un agudo observador hispánico: "El español es el auténtico reverso del hombre gregario. Si busca compañía es para sentir como las aristas de su personalidad chocan con las otras personalidades; de aquí la dureza de las reuniones españolas y la impresión que dan de un campo de piedras berroqueñas" (MADARIAGA, SALVADOR: *Ingleses, Franceses y Españoles*, Calvo, p. 246). Ejemplos de generalización de ese tipo pueden darse ad infinitum. Raramente resisten, empero, a un análisis crítico".

Sin embargo, usar ese postulado político para explicar realidades sociales, es cosa que no puede hacerse sino en virtud de una confusión, de un malentendido, de una extensión impropia del ideal racionalista para tenerlo como expresión exacta de lo que realmente sucede en determinadas comunidades. Es creer socialmente posible un pueblo en el cual el individualismo sea una de las características genéricas de sus componentes, lo que es tanto como suponer que se trata de una colectividad en la que se encuentran sembradas las semillas de su propia destrucción.

Lo social y lo individual son características coexistentes en toda comunidad y en cada uno de los seres humanos que la forman; cada ser social es al mismo tiempo un individuo, cada individuo es un ser social. Lo social es lo genérico, lo común, lo que nos hace iguales o similares a quienes con nosotros forman una colectividad. Partiendo de esas verdades de Perogrullo, se puede ver bien claro que al admitir al individualismo como característica social se está cayendo en una grave contradicción, cual es la de señalar como social la afirmación de lo individual o admitir como posible que en una colectividad, todo lo que de común tienen sus miembros es un deseo o vocación de afirmar su manera de ser propia y particular. Afirmar de un pueblo que es individualista es, para mí, tanto como decir que no tiene características sociales; que, para sus componentes, carece de validez la afirmación aristotélica de que el hombre es un *zoon politikon*; que no son sus ciudadanos congéneres, hombres inmersos en una serie de formas de vida social, componentes de un grupo, sino única y exclusivamente seres individuales desprovistos de todo atributo colectivo. Y esto abulta a tanto como para tener que afirmar, siguiendo la secuencia lógica de ese postulado, que no hay tal pueblo sino un conjunto de individuos que se niegan o son incapaces de entrar en relaciones sociales de carácter permanente.

Hay pues que inferir que el afirmar que pertenece a la fisonomía del costarricense, el ser individualista es tanto como sostener que no hay costarricenses sino únicamente Juan Rodríguez, Pedro Pérez y otros seres humanos, ninguno de los cuales posee características sociales. De ahí la necesidad de discutir la utilidad y validez del concepto de individualismo como base de explicación de la idiosincrasia del costarricense. Al usarlo en esa forma, además de exponernos a las débiles generalizaciones de toda caracterología colectiva, estamos dándole validez sociológica a un postulado político. Y si bien es cierto que los hombres acaban pareciéndose al ideal que aspiran a cumplir en su vida, también lo es que si los costarricenses llegáramos a vivir plenamente ese postulado, estaríamos tratando de obtener la destrucción de nuestra nacionalidad, en momentos en que lo natural y lógico es que la afirmemos.

UNA DISTINCION PREVIA

Atacar la tesis individualista supone, como corolario, el buscarle explicación válida y satisfactoria a fenómenos tales como la falta de permanencia y el personalismo de nuestros partidos políticos, la incipiente organización y carencia de solidez que caracterizan a nuestras organizaciones sindicales y cooperativas y la regularidad con que perecen nuestros clubes, círculos y ateneos.

Antes de entrar a ocuparse de esos fenómenos, cabe una distinción entre formas simples y complejas de asociación humana. Se me antoja indispensable esa diferencia pues sólo con ella como base puede entenderse claramente la solución propuesta.

Formas simples son aquéllas que se basan en un contacto directo y permanente entre los individuos y que producen grupos pequeños dentro de los cuales los lazos de unión son constantes y repetidos. Tienen una base originariamente sanguínea o biológica y se presentan como las primeras expresiones del sentido social en la historia de todas las culturas. Entre ellas están la familia, el vecindario, la pequeña comunidad.

Las *formas complejas* se fundamentan en contactos de tipo indirecto y parcial, y se dan entre personas, sin vínculos comunes de origen, que se asocian para lograr objetivos comunes que no pueden satisfacerse dentro de las formas simples. Suponen una mayor complicación o desarrollo cultural que éstas últimas y entre ellas podemos citar el Estado contemporáneo, las asociaciones, los sindicatos, las compañías mercantiles y los partidos políticos.

La atención de los sociólogos de los países de mayor rango dentro de la cultura occidental se concentra en el estudio de las formas complejas. En la mayoría de esas naciones, la explicación de la vida social por medio de referencias a organizaciones tales como la familia y sus derivados directos ha perdido importancia frente a las complicaciones de la vida moderna. Lo usual, lo ordinario, en esas comunidades primordialmente industriales es que la asociación familiar haya disminuído en importancia y tienda cada día a ver más reducido su valor en la determinación de la vida social (4). Desde luego, es imposible suponer que pueda llegarse en ellos a la eliminación total de la vida familiar, como se ha pretendido por quienes siguen repitiendo, criterios ya expresados por Platón en *La República* y que todavía no han podido ser realizados, pese a los esfuerzos de ciertos regímenes totalitarios europeos. Pero, aun aceptando la supervivencia del vínculo familiar frente al cúmulo de factores disolventes que contra él ha creado la civilización occidental, éste es ya insuficiente para explicar la estructura social de muchos países. De ahí que la atención se fije en las formas complejas.

No es entonces de extrañar que al hacer sociología costarricense, siguiendo la corriente que señala los objetivos básicos de la sociología en el estudio de las formas complejas, se haya preguntado por ellas. Y al darse cuenta de que existen en una forma apenas incipiente e inicial, al notar su fragilidad y falta de permanencia y comprobar la fatalidad de su extinción después de períodos sumamente cortos, se haya caído en la necesidad de afirmar que es el costarricense un ser fundamentalmente individualista, incapaz de mantener formas permanentes de vida social.

Esa manera de razonar trata de hacer valer para el medio costarricense conclusiones obtenidas en el estudio de la realidad propia de las naciones industriales, básica y radicalmente diferente a la nuestra. Mientras en aquéllas corresponde a las formas simples un lugar secundario, en nuestro país es en ellas donde se expresan fundamentalmente las características sociales del costarricense.

Es esa circunstancia, la de que nuestro sentido de lo social se siga expresando fundamentalmente en formas simples, la que motiva que aparezca nuestro pueblo como poseedor de una falta de capacidad para las asociaciones complejas. Como causa de esa realidad podríamos limitarnos a mencionar que no se dan entre nosotros las formas complejas de organización social con una vitalidad, raigambre o estabilidad igual a la de otras sociedades, porque no se siente por el costarricense la necesidad de ellas; porque para su vida no ofrecen un sistema aceptado de satisfacción de necesidades sociales de extrema urgencia. Es en las formas simples donde encuentra nuestro pueblo el medio eficaz para la satisfacción de sus requerimientos de convivencia y lógico es por tanto, que sean ellas las que ocupen un primer plano.

Dicha afirmación obliga a preguntarse inmediatamente por cuales sean las razones para que no se sienta entre nosotros la necesidad de las formas complejas y nos sintamos los costarricenses satisfechos con las simples, lo que nos indica lo insoslayable del estudio de los factores determinantes de la realidad costarricense. Aun en forma que no pretende ser exhaustiva y que dista mucho de ser satisfactoria, quiero a continuación ocuparme de ello.

(4) La evolución sufrida por el régimen de familia en las comunidades industriales se encuentra claramente descrita por JOSEPH SCHUMPETER en el capítulo XIV, "Descomposición" de *CAPITALISMO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA*; Editorial Claridad, Buenos Aires; pp. 186-194.

MOTIVOS DE UNIDAD

Entre los distintos factores que contribuyen a formar la fisonomía del costarricense, destacan los siguientes:

1.—**NUESTRA PEQUEÑEZ:** En territorio y población, Costa Rica es un país excesivamente pequeño. Ese dato debe tenerse en mente en cualquier interpretación de la realidad nacional, pues configura nuestra vida en forma determinante.

Dotados como estamos de las distintas barreras que separan a los países unos de otros (fronteras, impuestos aduanales, moneda, legislación diferente), a las que hay que agregar otras que nos alejan de los países vecinos (estabilidad política, falta de vías de comunicación terrestres con las fronteras, homogeneidad racial), los costarricenses habitamos un territorio de 51.011 kilómetros cuadrados, apenas superior en el Continente Americano al de El Salvador, Haití y Puerto Rico.

La cifra de nuestra extensión territorial no revela el territorio real y efectivamente ocupados por los costarricenses, que es todavía mucho menor. De la totalidad de la República, un 65% está cubierto de bosques o es tierra inculta, no existiendo en esas secciones, población que merezca tomarse en cuenta. El área socialmente organizada y en la cual se asienta la colectividad costarricense es apenas un 35 o cuando mucho un 40% de la extensión física del país; alcanza apenas a unos 16.853 kilómetros cuadrados.

En ese territorio, cuya pequeñez hace que las diferencias regionales desaparezcan con las vías de comunicación, habitan según los últimos datos sobre el aumento vegetativo de la población con posterioridad al Censo de 1950, 1.150.000 personas. Es una colectividad que apenas si es mayor que la de Panamá y Honduras y que en el mundo se encuentra superada por la de muchas ciudades. Difícil es suponer para una agrupación humana tan reducida, una organización social tan compleja, tan llena de formas distintas y complicadas de relación humana, como pueden darse en una nación de 20 millones de habitantes como México; en un país de 150 millones de personas como los Estados Unidos de América; en un sub-continente de 400 millones de almas como la India.

2.—**UN PUEBLO AGRICOLA:** Costa Rica es, y ha sido siempre a través de su historia, un pueblo predominantemente agrícola. Su población ha sido dividida en el censo de 1950 en 532.589 habitantes de zonas rurales y 268.286 personas, residentes en centros urbanos o sea un 66.50% rural y 33.50% urbana.

Ocupacionalmente, según dicho censo, vemos que de un total de 271.984 personas que formaban nuestra población económicamente activa en ese año, 148.837, sea un 54.72% se dedicaban a actividades agrícolas.

Esa evidente y abrumadora superioridad de nuestra población rural sobre la urbana, y de los trabajadores de la tierra sobre cualquier otra clase de actividad productiva, marca en el costarricense las especiales características de la vida campesina. Sociológicamente, una sociedad rural ha de tener una estructura mucho más simple que una colectividad urbana, ya que en la primera los contactos sociales son más reducidos, la vida en común mucho más limitada.

Por otra parte, las organizaciones típicas de la actividad industrial, tales como los sindicatos de patronos y trabajadores, pueden encontrarse desarrolladas únicamente en las áreas del país en que existen concentraciones urbanas, casi podríamos decir en la Meseta Central. La experiencia mundial en materia de sindicatos señala las grandes dificultades que presenta el lograr una organización efectiva entre los trabajadores del campo. Mal podría esperarse que Costa Rica fuera una excepción a dicha regla.

3.—**POBREZA:** Como la generalidad de los países cuya única contribución al comercio internacional es en productos agrícolas y materias primas, Costa Rica es un país pobre. Su dependencia de los precios internacionales de café y del cacao,

y el control absoluto que sobre el negocio del banano ejerce la United Fruit Company hacen que su standard de vida, si bien más elevado que el de los otros países centroamericanos, sea muy reducido si se le compara con el que gozan los países de Europa Occidental y Estados Unidos.

Cualquier clase de organización social supone un patrimonio, por pequeño que sea, para hacer posible el cumplimiento de sus objetivos. Aun aquéllas de finalidad puramente espiritual como la Iglesia y las instituciones culturales, requieren un soporte material, una capacidad económica, con que hacerle frente a los requerimientos de sus actividades. Lógico es entonces inferir que, a mayor riqueza, mayor es el número de organizaciones sociales que pueden crearse. Si los habitantes de un país tienen suficiente dinero para cubrir sus necesidades, y, satisfechas éstas, les queda un remanente a emplear en el cultivo de su espíritu u otras formas de diversión, lo natural es que abunden los lugares de recreo y las oportunidades culturales. En cambio, si su capacidad económica no va más allá de satisfacer los requerimientos básicos de vestido y alimentación, mal puede pensarse que puedan distraer parte de su ingreso para el mantenimiento de centros permanentes de actividad social y cultural. Más fácil es que se limiten a malgastar el dinero en el pasajero momento en que sienten el ansia de divertirse, cual sucede en nuestros campos, donde la cantina hace de centro social y político de la colectividad, dando oportunidad de escape a los sentimientos sociales que trascienden el ámbito familiar.

4.—INSULARIDAD: Tal y como lo ha apuntado el geógrafo norteamericano Preston James (5) la distribución de los habitantes de Costa Rica está hecha alrededor de un núcleo básico, con asiento en la Meseta Central, ampliándose gradualmente la zona ocupada, sin que se produzca un declinamiento de la población del núcleo y sin que la expansión fronteriza se halle determinada por la afluencia de una emigración extraña al núcleo.

Esa descripción se confirma en la obra de nuestros escritores, que reconocen unánimemente a la Meseta Central como asiento básico del vivir costarricense, y en un brillante estudio estadístico realizado por Wilburg Jiménez sobre los movimientos migratorios internos en nuestro país (6).

La Meseta Central se encuentra colocada en la zona media del país, con una dirección Este-Oeste. Al localizarse en ella la gran mayoría de la población costarricense, sus medios de contacto con los pueblos vecinos han tenido necesariamente que ser pocos. Con anterioridad al advenimiento de la comunicación aérea, vivió Costa Rica en un verdadero aislamiento, roto únicamente por las relaciones comerciales y culturales con las naciones compradoras de nuestras materias primas, falto de la constante interrelación entre países vecinos que se da, por ejemplo, entre las naciones de Europa.

Esa insularidad, esa tendencia al aislamiento, que ha llevado y lleva aún a los costarricenses a discutir sobre la necesidad e importancia de tener una política internacional, han omitido a la formación de nuestra nacionalidad el acicate de la constante lucha y necesidad de diferenciación frente a pueblos vecinos con aspiraciones opuestas, formación disímil o cultura contrapuesta.

4.—NIVELACION CLASISTA: El régimen de pequeña propiedad, la falta de una población indígena numerosa y la carencia de riquezas minerales, determinaron

(5) En *LATIN AMERICA*. The Odyssey Press, New York; principalmente en p. 828.

(6) JIMENEZ, WILBURG: *MOVIMIENTOS MIGRATORIOS INTERNOS EN COSTA RICA Y SUS CAUSAS*. Tesis presentada a la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Costa Rica. Mayo, 1952.

desde la Colonia lo que Eugenio Rodríguez ha llamado gráficamente "la nivelación por lo bajo" (7), el sentido de igualdad que es básico al carácter de los costarricenses.

Cierto que el cultivo del café primero y la división de actividades en los centros urbanos después han provocado el nacimiento de grupos capitalistas y una clase proletaria. Pero ambas adiciones a la formación clasista siguen derivando su origen de la omnipresente y extensa clase media que es la piedra angular de la sociedad costarricense, y han conservado, si no las características materiales, por lo menos, la mentalidad y aspiraciones de ella.

No es, pues, de extrañar que, en materia de clases, nos encontremos con un factor —"la mentalidad de clase media"— predominante en los costarricenses de arriba y de abajo, de la ciudad y del campo. Su importancia en nuestro medio es tal que hace que la distinción clasista no haya sido nunca motivo suficiente para que los costarricenses se sientan agrupados en estratos económicos claramente diferenciados, que no se dé entre ellos la oposición marcada entre clases inferiores y superiores característica de muchas colectividades. Ello explica la falta de arraigo o extensión en nuestro país de los movimientos políticos o sindicales alentados por una distinción social y racial, que han inducido a las clases populares de otras colectividades agrícolas americanas, como Perú y Jamaica, a unirse en agrupaciones vigorosas de emancipación y reajuste social.

Frente a la clase media, el proletariado costarricense vive en estado de campesinidad, falto de definición, sometido a un régimen paternalista y carente de grandes pasiones. Al separarse del agro para incorporarse a los centros urbanos del área central, conserva íntegra su mentalidad de clase media que le hace mirar con la indiferencia y recelo propias de ésta, las organizaciones laborales de lucha proletaria, cuya utilidad y beneficio tarda en descubrir.

Por su parte, el estrato capitalista, incapaz de sobreponerse a la clase media que ha producido la mayoría de los dirigentes políticos y educacionales del país, no ha sentido nunca suficiente fuerza para diferenciarse de la agrupación original. No ha considerado necesario agremiarse para la realización de sus fines hasta que la continuada orientación hacia los problemas sociales que ha predominado en los últimos gobiernos, le ha obligado a hacerlo. Es significativo que el creciente número de cámaras o sindicatos patronales hayan nacido como reacción a la actividad social del Estado y por la necesidad de lucha con los grupos económicamente inferiores.

6.—HOMOGENEIDAD RACIAL: Conjuntamente con la división clasista y muy estrechamente relacionada con ella —recuérdese que Luis Alberto Sánchez ha dicho que en América Latina la raza es un concepto primordialmente económico— encontramos la diferenciación racial. A más de un siglo de vida independiente, la mayoría de los países americanos siguen divididos entre blancos e indios; entre blancos y negros; entre blancos, mestizos o mulatos, indios o negros. Donde eso sucede —exceptuando tal vez Haití— los indios y los negros ocupan las escalas inferiores de la jerarquía social y sufren una serie de trabas económicas, obstáculos sociales y hasta impedimentos legales, que les impiden mezclarse con las clases socialmente superiores y les obliga a mantenerse estrechamente identificados con el grupo de su denominación racial.

Afortunadamente, no hay en Costa Rica nada que pueda recordar la estratificación racial de otros países. La abrumadora mayoría blanca hace absurda cualquier división social basada en un concepto de raza. Los grupos indio y negro están localizados fuera del núcleo central de población y son tan pequeños que la mayoría blanca no siente ninguna necesidad de discriminar en su contra. Por otra parte, cosa corriente en América Latina, basta un pequeño porcentaje de sangre blanca para

(7) En *APUNTES PARA UNA SOCIOLOGIA COSTARRICENSE*. Editorial Universitaria, San José, 1953, pp. 19-24.

que su poseedor se considere perteneciente a esta clasificación, por lo que no tiene ningún sentido hablar de mestizos.

Así, pues, mientras la raza es factor fundamental para crear divisiones sociales y mantener hondas divisiones culturales en gran parte de las naciones americanas, no ha estratificado al costarricense en varios grupos ni establecido concepciones antagónicas entre segmentos de nuestra población.

7.—SIMILARIDAD EDUCACIONAL: Por largos años, la estructura educacional costarricense se ha caracterizado por las siguientes circunstancias: a) una educación primaria generalizada por todo el país; b) una educación secundaria, de tipo humanista, centralizada en las capitales de provincia de la Meseta Central; c) una limitación de posibilidades de una enseñanza superior a la secundaria a unas pocas carreras (Derecho, Farmacia, Educación, Agricultura).

Ello ha servido para que la mayoría de los costarricenses hayan asistido a una escuela primaria, como lo indica el bajo índice de analfabetismo (21% en 1950), pero durante años la asistencia a una escuela secundaria haya estado limitada regionalmente y circunscrita a personas con un interés humanista. Ha sido base también para que el país haya estado dominado intelectualmente por la única profesión universitaria que se ha mantenido por más de un siglo, la abogacía.

No es pues de extrañar que al elemento metódicamente preparado de la sociedad costarricense, homogéneo en su composición, le haya distinguido la carencia de una capa superior diversificada en las distintas tareas de una sociedad moderna. La colectividad nos presenta un común denominador educacional, más alto que el de los países vecinos, pero falto de diferenciación.

LA DINAMICA DIFERENCIADORA

Si bien los factores mencionados tienen importancia para la realidad costarricense, ésta, dinámica y cambiante tal vez más que en otras épocas, se encuentra en un período de acelerada evolución, en el cual muchas de las características apuntadas son objeto de revisión, de crítica, de sustitución. Ese desarrollo, con las penas naturales del crecimiento y las dificultades inherentes a una situación fluída, hacen difícil una palabra definitiva sobre el carácter costarricense. Venimos de un quieto y bucólico ayer en que una población simple y sencilla concentraba sus afanes en la Meseta de las cuatro ciudades y las muchas villas, con tempestades de vaso de agua y tranquilidad de familia satisfecha. Difícil es decir qué saldrá de tanto cambio. Lo cierto es que nos modificamos, que crecemos, que cambia unos días un poco y otros algo más, esa Costa Rica a la que nos hemos acostumbrado. En gráfica descripción:

“Resulta, para desasosiego de algunos, que Costa Rica se está haciendo grande o, quizá mejor dicho, que está alcanzando un grado de crecimiento tal que, súbitamente, nos percatamos de que ideas, instituciones, modos de actuar y sentir, a que el país se hallaba habituado, comienzan a quedarle chicos. La aldea como que se desespera y busca convertirse en ciudad. Las calles no son ya suficientes para el tránsito de vehículos motorizados. El agua ya no alcanza para alimentar las nuevas barriadas. La fuerza eléctrica resulta escasa ante las demandas hogareñas o industriales. La política se sale de las manos de los grupos privilegiados. Los sindicatos le plantean nuevos problemas a las gerencias. Las mujeres buscan tomar sitios de trabajo, de influencia o de comando, al lado del hombre. El capital se demuestra insuficiente para satisfacer los nuevos proyectos de producción. Los bancos no dan abasto, ni aún manejados con criterio público para responder a la creciente demanda de crédito. El agricultor quiere consejo técnico y maqui-

naría; el empresario, la racionalización de su empresa; el obrero, hogar propio; el empleado público, estabilidad; todos, educación para sus hijos y medicinas baratas. Escuelas y colegios no bastan para recoger los miles de niños y jóvenes que desean estudiar. Puertos, aeropuertos y aduanas están congestionados. Las imprentas se hallan atascadas en tanto quedan inéditos cientos de trabajos valiosos. El campo quiere gozar de las ventajas de la civilización. El mundo externo se acerca a nuestras fronteras en forma de presiones, propaganda, inducciones y requerimientos. La administración estatal centralizada resulta impotente para responder a las exigencias colectivas. La administración descentralizada o autónoma demanda expertos, nuevos métodos, gente preparada. Se quiere conocer, conservar y explotar mejor los recursos de la tierra. Se quiere garantizarle mayor eficiencia y dotar de mayor dignidad al trabajo humano.

"Y el fenómeno no es sólo de una población que crece —y la nuestra crece con mayor intensidad que cualquiera otra en América— sino también de un pueblo que despierta, crea necesidades, exige su satisfacción, y se organiza para garantizarlo" (8).

La descripción es elocuente. Más que agregarle lo que corresponde es estudiarla en detalle, darnos cuenta de lo real que es. Cada uno de los factores mencionados sufre hoy una alteración no completada, pero que hace pensar en futuros bastante diferentes de las situaciones ya conocidas:

1.—NUESTRO CRECIMIENTO: Las fronteras nacionales permanecen inalteradas y no hay en los costarricenses ninguna ambición de extenderlas en desmedro de los países vecinos. Pero el territorio real y efectivo, aquél en que encuentra su asiento la colectividad costarricense sí ve expandirse sus fronteras día a día.

Según el estudio de Wilburg Jiménez ya mencionado, coexisten actualmente dos corrientes migratorias internas en Costa Rica: una del centro del país hacia las zonas periféricas, que ha estado dirigida particularmente en los últimos años hacia el Sur de la provincia de Puntarenas; otra de las zonas rurales hacia el área metropolitana, pero no exactamente hacia la ciudad de San José, sino a los contornos que forman sus suburbios, principalmente el de Goicoechea. De ambas corrientes, la predominante es la primera, como puede verse de las variaciones habidas entre la proporción de habitantes de la Meseta y la del resto del país. Mientras en la Colonia, aquélla era el único lugar habitado, residiendo en ella la totalidad de la población, en el censo de 1824 —primero de nuestra vida independiente— habitaba en ella el 83.63% de los costarricenses. Un siglo después, en 1927, la población de la Meseta representaba sólo un 47.02% y en el censo de 1950 resultó ser de un 44.03%. (9).

Disminuyendo como disminuye la proporción de la población total que habita en la Meseta Central y pese a la pequeñez de la inmigración extranjera, mantiene el país un ritmo de crecimiento humano sumamente acelerado. Ello debido a que nuestro coeficiente de natalidad sigue siendo uno de los más altos de América —44.2 por mil habitantes— sólo superado por México, 45.2, El Salvador, 46.2, y Guatemala, 51.1, mientras que nuestro coeficiente de mortalidad ha descendido en un 50% en los últimos veinticinco años —de 22.5 por mil en 1927 a 11.5 en 1952— y se encuentra por debajo de los de Guatemala, Ecuador, Chile, México,

(8) *Rodrigo Facio, Discurso del Rector en el Acto de Clausura del Año Académico de 1954*, celebrado en el Paraninfo de la Universidad la noche del 22 de diciembre. ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA 1954; pp. 70-71.

(9) *Jiménez, Wilburg: op. cit.*

El Salvador y Honduras. Todo ello hace que nuestro crecimiento natural sea el más elevado del continente (10).

No es pues de extrañar que se haya producido una duplicación del número total de habitantes cada veinte o veinticinco años, sin que exista ninguna corriente importante de inmigración extranjera. Baste para ello con ver los totales de los censos que se han efectuado en el país hasta la fecha.

Ese crecimiento tan rápido tiende a crear en nuestro país los problemas de una sociedad contemporánea: las grandes, por lo menos para Costa Rica, concentraciones humanas en las ciudades, la especialización profesional, el aumento de las oportunidades y la mayor dificultad para la conquista del bienestar económico. Como uno de tantos otros corolarios, no es de extrañar que produzca entre los costarricenses una mayor necesidad de agruparse en asociaciones que les permitan lograr fines comunes.

2.—LA DIFERENCIACION AGRICOLA E INDUSTRIAL: De un pueblo absolutamente agrícola y monocultista, pasamos poco a poco a adquirir una mayor diversificación entre los cultivos de importancia y un incipiente desarrollo industrial.

En la agricultura, a la lista de productos de exportación tradicionalmente limitada a café, cacao y banano, como resultado del crecimiento y mejoramiento de nuestros hatos, se ha agregado en forma definitiva, el ganado en pie y la carne.

En el comercio y la industria, si bien no hay todavía datos con que comparar los que arroja el Primer Censo de 1952, bueno es notar que éste nos da 7.776 establecimientos comerciales y 3.381 industriales para todo el país. Los primeros emplean un total de 20.212 trabajadores y los segundos tienen un personal de 19.434, pagando por sueldos los primeros ₡ 33.843,084 y los segundos ₡ 38.621,836 anuales. Bien lejos estamos de los relatos de la época colonial que nos hablan de que no había en Cartago en aquel entonces tienda o establecimiento en el cual adquirir víveres, siendo indispensable que cada familia —la del Gobernador inclusive— produjera lo necesario para su sustento.

3.—MAYOR ACTIVIDAD INTERNACIONAL: Con una corta ceremonia efectuada en la frontera Norte a principios de 1955, perdió Costa Rica su aislamiento secular al quedar unida con Nicaragua por la Carretera Interamericana, primera vía terrestre que al través de sus fronteras permite una comunicación directa entre ambos países. De acuerdo con los planes anunciados, es posible que en el curso de un año se obtenga un contacto similar con Panamá y que la totalidad de carretera internacional sea pavimentada.

Por haberse realizado la conexión con Nicaragua en una época de tensión entre ambos países, resulta imprevisible predecir la importancia que la comunicación terrestre pueda adquirir para liquidar nuestro aislacionismo. Sin embargo, el mejoramiento constante de la navegación aérea, los programas de asistencia técnica de gobiernos amigos y organizaciones internacionales y las repercusiones del mercado internacional sobre nuestra economía, han llevado el contacto directo con el ámbito internacional hasta los centros rurales más apartados.

Es significativo que en las últimas luchas armadas que han ocurrido en el país —la Guerra de Liberación Nacional de marzo y abril de 1948, la invasión de diciembre de ese año y la de principios de 1955— han jugado un importante papel la intervención que en nuestra política nacional han realizado ciertos gobernantes extranjeros, el decidido apoyo recibido por nuestro gobierno de países amigos y la destacada actuación de la colectividad americana y los organismos internacionales creados por ella para la seguridad colectiva.

Rompe también nuestra insularidad el crecimiento de la cooperación económica con los demás países centroamericanos, expresada en tantos aspectos de mayor interrelación como las reuniones de Bancos Centrales y Ministros de Economía, que se han venido efectuando periódicamente con el mayor de los éxitos, y los Tratados de Libre Comercio. La labor que en otros campos pueda cumplir la ODECA da que pensar, vista la ardua labor que ha sido necesaria para consolidar esa organización, pero que la idea se hubiera mantenido viva en época de tanta turbulencia centroamericana es cosa que habla en su favor.

De ese contraste más frecuente de lo costarricense con lo extranjero se produce un crecimiento del nacionalismo, del afán de afirmar las características propias de nuestro espíritu, del cual difícilmente podría darse mejor ejemplo que la unión nacional que produjera el intento revolucionario de enero de 1955, debido, a su origen extranjero; unión expresada en diez mil jóvenes alzando la mano para empuñar una arma y en una abrumadora mayoría de costarricenses, cruzando aún las líneas partidaristas, dando una ferviente colaboración que hizo posible la victoria de los voluntarios.

Por todo ello, estimo que la afirmación del sentido nacionalista es hoy más fuerte que antes, pese a que nunca han perdido validez afirmaciones tan certeras como la de John y Marie Biezan:

“Mientras los costarricenses se critican a ellos mismos con gran profusión cuando hablan exclusivamente de su propio país, cuando lo comparan con otras naciones son frecuentemente orgullosos... El extranjero a quien se le pregunta con demasiada regularidad: “¿Qué le parece Costa Rica? ¿Demasiado pequeña, verdad?”, pronto se da cuenta de que, debajo de esa parecida humildad, yace un quieto orgullo y una conciencia de calidad” (11).

4.—MAYOR DIVISION CLASISTA: Contrariamente al fenómeno ocurrido en la Meseta Central, el desarrollo de las zonas periféricas del país se ha efectuado bajo el signo de una división tajante entre las clases sociales.

En las grandes plantaciones de banano efectuadas por la United Fruit Co. en nuestras costas atlántica y pacífica, hemos tenido, por primera vez en nuestra historia, el fenómeno de un solo patrón —poderoso y extraño— frente a miles de trabajadores, en su mayoría en ocupaciones agrícolas, que no son dueños siquiera de las herramientas con que laboran. No es pues de extrañar que los trabajadores de las zonas bananeras, con tantas razones para ser individualistas como los de la Meseta Central de la que proceden en gran proporción, tengan una mayor conciencia de clase. Se expresa ésta en una mayor permanencia de las organizaciones sindicales y en una constante actividad de éstas, que han producido las huelgas de mayor importancia que haya sufrido el país desde 1930 a esta parte. De un total de 14.553 trabajadores sindicalizados que tiene el país, 5.506 —un poco más de la tercera parte— corresponde a los sindicatos de la zona del Pacífico Sur, pese a tener ésta una población de apenas 37.205 habitantes, un 4.6% más o menos de la totalidad del país.

Parecida división de clases presenta la región ganadera del Norte de la Provincia de Puntarenas y la casi totalidad de Guanacaste, donde existen los únicos latifundios que en Costa Rica merecen tal nombre. Las grandes fincas ganaderas dividen entre unos pocos propietarios la totalidad de la zona, subsistiendo, a la par suya, colectividades agrícolas con aspiraciones insatisfechas de tierras propias. Ahí

no es ya la formación de sindicatos la actividad en que se expresa una mayor conciencia de clases sino en la invasión de tierras ajenas y el afán de contar con la propia, sin parar mientes en los medios para conseguirla. Dicho movimiento parece destinado a convertir esas zonas al régimen de pequeña propiedad característico de la Meseta Central, pero en un proceso más largo y difícil que el ocurrido en ésta.

Aunque en menor grado que en las zonas periféricas, en la propia Meseta Central, el nacimiento de las actividades industriales y la mayor diversificación comercial, unidas al aumento de la capacidad de capitalización por los grupos económicamente poderosos, la proletarianización de los trabajadores estrictamente urbanos y la mayor actividad social de los gobiernos, han provocado el crecimiento de las organizaciones sociales de tipo complejo principalmente sindicatos de trabajadores y patronos. La organización gremial adquiere mayor prestigio como medio de alcanzar determinados fines frente a la colectividad, el gobierno o los grupos con intereses económicos opuestos. El cuadro preparado por la Oficina General de Trabajo, nos muestra como en los doce años que esa dependencia ha llevado registros de la actividad sindical, ésta ha experimentado un crecimiento apreciable. De dicho cuadro puede observarse que existe gran número de disoluciones de organizaciones sindicales, por no acatamiento de las leyes. Pero, fuera de notar que aun contando las disoluciones queda siempre un saldo positivo de crecimiento, debemos atribuir esa inestabilidad a inexperiencia de líderes y afiliados, y a los factores políticos que han influenciado el movimiento sindical.

Hay que recordar que, promulgado el Código de Trabajo en 1943, la organización sindical tuvo un momento de gran auge, por motivos puramente políticos. La Confederación de Trabajadores de Costa Rica (CTCR) y la Confederación de Trabajadores Rerum Novarum se disputaron el campo, apelando a la simpatía política de sus posibles afiliados. La primera de ellas, comunista y denodada defensora del gobierno de aquél entonces, sirvió a sus dirigentes para actos de tipo político principalmente; la segunda, por contraste con su opositora, devino un organismo militante dentro de las filas de la Oposición Nacional, hasta el punto de participar sus líderes en las filas del Ejército de Liberación Nacional, en 1948. Lógico es entonces que en ese fervor se creara gran número de sindicatos sin un trabajo previo de capacitación obrera. Al aliviarse la enorme tensión política vivida por Costa Rica de 1943 a 1948, debía ocurrir necesariamente una deflación de aquellas actividades que tuvieron conexión directa con los sucesos políticos. Sucedió así con la política partidaria en los años 1949 a 1952 y cosa parecida se produjo con la actividad sindical.

5.—LA HOMOGENEIDAD RACIAL: Es éste un factor que parece inalterado. El porcentaje de blancos y mestizos ha aumentado de un 94.3% que era en el censo de 1927 a un 97.7% en 1950. Mientras tanto, la población negra ha disminuído de 4.5% a un 1.9% y el número de indios que tiene Costa Rica es apenas de 2.629, un 0.34% de la población total, cifra que está bien lejos de los 27.200 aborígenes que según el Obispo don Bernardo Thiel existían al momento del descubrimiento de Costa Rica (12). Por otra parte, el porcentaje de la raza amarilla ha disminuído de 0.2% a 0.1%. Difícilmente podría entonces hablarse de un aumento de los factores diversionarios en el campo racial.

Sin embargo, la supresión en 1948 de las leyes que impedían a las personas de color residir en lugares al Oeste de la ciudad de Turrialba y la paralización de los cultivos bananeros en la Zona Atlántica, han motivado una redistribución de aquéllas, habiendo emigrado muchos de sus componentes de la Provincia de Limón hacia la Meseta Central. Al mismo tiempo, la población negra, traída en su mayoría

(12) Citado por Jiménez, op. cit., p. 35.

por la United Fruit Co. de las posesiones inglesas del Caribe en los primeros años de este siglo, ha comenzado a identificarse definitivamente con el país de su residencia. La adopción de la ciudadanía costarricense ha sido casi general en quienes durante muchos años sintieron especial orgullo en ser súbditos británicos, y la pasada elección les otorgó a elementos de color por primera vez puestos en las municipalidades y la Asamblea Legislativa.

Por otra parte, gracias a su esfuerzo, dedicación y unidad, la pequeña inmigración de origen eslavojudío de los años treinta ha adquirido una enorme preponderancia en las actividades comerciales del país. La rivalidad en negocios y la tendencia propia de esa raza a mantenerse como una unidad aislada, han hecho aparecer en su contra, en los centros urbanos, un principio del estúpido prejuicio racial que existe en otras naciones.

6.—LA TAREA EDUCACIONAL: Poco se ha hecho en los últimos años para una mejor preparación del elemento obrero. No hay en nuestro país más que pequeñas instituciones donde puedan los trabajadores adquirir mayor capacitación técnica. Aunque existen planes en la materia no parecen ser ellos de muy cercana realización.

En cambio, la educación secundaria ha abandonado su localización en las cabeceras de provincia de la Meseta Central para extenderse a la casi totalidad de las poblaciones de importancia del país. No ha perdido, sin embargo, su orientación exclusivamente humanística, pero su orientación futura es objeto de un agitado debate del que puede salir una revisión de sus métodos y finalidades.

Al mismo tiempo, la preparación de profesionales por las escuelas universitarias comienza a hacer sentir su impacto en la colectividad. Diversificada la enseñanza superior, los nuevos especialistas desplazan a los empíricos o elementos sin la capacitación necesaria. No se hace ello sin lucha. Cada grupo de egresados de una escuela universitaria nueva tiene que luchar para garantizarse legal y económicamente la exclusividad de su campo. La lucha que libraron los abogados contra los tintoreros hace ya muchos años se ha repetido en el último lustro entre doctores en cirugía dental y dentistas empíricos, entre ingenieros y constructores, entre contadores públicos y privados. Las nuevas profesiones surgen luchando y adquieren con ella una conciencia y unidad que les otorgan una fisonomía particular.

Prueba de que al tratar de delimitar el campo que les corresponde nadan los universitarios contra corriente es el hecho de que, en repetidas ocasiones, la opinión pública y aún la Asamblea Legislativa, han estado en contra de los intereses de los profesionales.

7.—EL MEJORAMIENTO ECONOMICO: Pese a seguir siendo un país fundamentalmente pobre, los últimos años han visto adquirir inusitado empuje a nuestro desarrollo económico. El favorable cambio es producto de una conjunción de gobiernos ordenados, preocupación por la política económica y buenos precios para nuestros artículos de exportación.

La determinación del monto exacto del ingreso nacional y su crecimiento anual es cosa que no puede determinarse todavía. La labor que realiza el Banco Central para poderlo fijar, a partir de 1950, no se ha terminado y es necesario esperar a que se anuncien sus resultados para medir en forma precisa el crecimiento de nuestra economía. Sin embargo, es posible de tener una idea de ella, usando medios indirectos como el crecimiento de nuestro comercio exterior.

De manera que los últimos años han sido de un crecimiento constante de nuestras exportaciones e importaciones, manteniendo las primeras una prelación que nos ha permitido acumular una favorable reserva de dólares.

EL FAMILISMO

Si el sentido gregario del costarricense no se expresa en formas complejas del vivir social, si éstas tienen en la Costa Rica de mitades del siglo XX apenas un desarrollo no madurado, no es porque el costarricense sea de carácter individualista. Lo que sucede es que no ha alcanzado el grado de evolución propio de otras naciones y vive las formas sociales propias de su especial idiosincrasia, aquellas que corresponden por el tipo de vida de sus habitantes; sea, las formas simples, las de raigambre biológica, las de grupo pequeño y de contacto permanente.

Ninguna forma más característica de nuestro vivir social que la familia. Bien dice León Pacheco (13) que de ella tiene nuestro pueblo un concepto casi tribal; se lo entiende entre nosotros en un sentido muy amplio, que incluye no sólo a ascendientes y descendientes sino también a gran número de colaterales. No en vano, mucho del actuar y hacer costarricenses, la conducta social, las consideraciones que inspiran el progreso personal de los componentes de la comunidad, las limitaciones y virtudes de nuestro pueblo, encuentran fundamento en la conciencia casi universal que tiene el costarricense de ser, antes que nada, parte integral de una familia.

Es dentro del círculo familiar donde se cumple la mayor parte de las manifestaciones sociales de tristeza y alegría. En el agro costarricense, y aún en los centros urbanos, la mayor parte de las reuniones sociales tienen como motivo no eventos de interés nacional o local, sino alguno de los sucesos básicos de la vida de uno de los miembros de la familia —nacimiento, matrimonio, muerte— que se celebran en asociación de toda la parentela y de los amigos cercanos.

Históricamente, las formas simples, con un fuerte tono familiar, han dominado la estructura social costarricense. Creado Cartago, el período de formación de las primeras colectividades al Oeste de la Meseta Central se caracteriza por "la Hacienda", centro de actividad de cada grupo familiar que, separado por la montaña y la falta de vías de comunicación, hacía su vida en forma aislada, produciendo apenas lo necesario para su subsistencia y negándose a formar centros urbanos, pese a las terminantes órdenes de las autoridades civiles y eclesiásticas. Esa hacienda, que en muy raras ocasiones llegó a tener indios encomendados por el pequeño número de aborígenes que habitaba en el centro del país, ha sido descrita por Carlos Monge, quien nos dice:

"Para el labriego, la Hacienda, "mundo chico" y cercano, era su patria, la razón de su existencia, el principio y fin de la vida. Pegado a ella como el caracol a su concha, no vio lejanos horizontes. Padebió de un cierto achatamiento espiritual; no sintió pasión por los problemas públicos ni su alma tuvo el impulso de las ambiciones" (14).

Cuando, gracias al esfuerzo de gobernadores y sacerdotes, se concentran los labradores en los pequeños núcleos que en el Valle del Virilla viene a servir de origen a los tres centros urbanos de la parte Oeste de la Meseta Central —Villa Vieja de Cubujuquí, Villa Nueva de la Boca del Monte y Villa Hermosa de la Lajuela— lo que se repite es el fenómeno que ya había ocurrido con los primeros colonos que se asentaron en el Valle del Guarco. Se forma, alrededor de la iglesia,

(13) *El Hombre Costarricense en la Literatura*. Revista de la Universidad de Costa Rica, N° 10, Noviembre de 1954; p. 140.

(14) MONGE, CARLOS: *HISTORIA DE COSTA RICA*. Las Américas, 1955, p. 127. Ciertamente que el Prof. Monge agrega acto seguido: "Huía (el labriego) de toda vida social; fue individualista". Pero este último no tiene mucho sentido. Si la hacienda implicaba una familia, en ella había vida social.

una concentración de casas de barro con techo de paja, en la que viven las familias de mejor condición económica.

La República se inicia en 1821 y con los años se transforma la vida económica del país, gracias al cultivo del café. Las pequeñas ciudades se consolidan y en ellas, el comercio de importación, aprovechando el oro que produce el café en el mercado extranjero, se expande y desarrolla. La vida política evoluciona a brincos y a saltos pero sin que se pierda por un momento el sentido democrático que nace de la igualdad original entre los colonos pobres que dieron nacimiento a Costa Rica. El gobierno no alcanza la fisonomía caudillista que tiene en otros países de la América Latina donde un hombre solo oscurece a sus demás compatriotas. Apenas si llega a ser oligárquico, residiendo en las benevolentes manos de unas pocas familias que dominan nuestra "República Patriarcal", como la llama el Prof. Monge, para describirla así:

"Las poderosas familias que crearon capitales a la sombra de la exportación de café, necesitaban ejercer amplio y absoluto dominio en el gobierno de la república; todo debía marchar de tal manera que nada obstaculizara el desarrollo de sus negocios. Por otro lado, hubo en el siglo pasado la circunstancia especial de que las familias dedicadas al cultivo y exportación del café eran las de mayor estimación social y política, desde los primeros años de vida independiente. Así los asuntos de gobierno vinieron a ser asuntos privados de las principales familias; cuando éstas peleaban entre sí o se distanciaban, se producía una crisis política, cambios de Jefes de Estado o de Presidente, movimientos en los cuarteles, golpes de estado, etc. Si un político —joven o viejo, con cultura o sin ella— quería escalar posiciones, debía antes de todo estar bien con esos círculos, de cuyas reuniones salieron, no pocas veces, los nombres de las personas que debían ocupar la Presidencia de la República".

Poco a poco, la política salió del reducido ámbito de los círculos oligárquicos. Mantuvieron ellos el poder económico y con él, voz determinante sobre el futuro de los políticos y las posibilidades de los aspirantes a la Presidencia de la República. Pero las conquistas democráticas de la República Liberal que se iniciaran bajo la Presidencia de don Tomás Guardia y que dieran muestras del valor decisivo de la intervención popular en movimientos como el de 1889, no por anti-liberal menos valioso, fueron borrando diferencias. En el poder comenzaron a alternar apellidos de abolengo con hijos de campesinos. En la generación de los grandes hombres de nuestro liberalismo se suceden los dirigentes, sin que la familia a que pertenezcan sea factor determinante. Sin embargo, las campañas políticas se reducen a la lucha por el apoyo de las familias económicamente poderosas y la captura de los "gamonales" que dominan la vida de villas y pueblos.

En el gamonalismo, esa forma tan característica de la organización social de nuestros pueblos, encontramos una proyección del sentido familiar. El gamonal no es más que el jefe de familia más importante, cuya mayor capacidad económica hace que sus vecinos vean en él la persona más indicada para darles consejo en los pequeños y grandes problemas de la vida diaria y prestarles auxilio, cuando ésto se hace imperativo. Tiene algo de jefe de clan y su poder llega hasta la vida íntima de sus vecinos, que ven en él, más que en la autoridad política, el verdadero líder de la comunidad.

Aun hoy, cuando el crecimiento de la población y la mayor complejidad de la vida comienzan a debilitar las formas simples de asociación, se mantiene nuestra vida plena de alusiones a ese familismo predominante en nuestra idiosincrasia. Siguen gozando de popularidad expresiones como "todos somos hermanitos" y se

apela resobadamente por los políticos a "la unidad de la familia costarricense". Se mantiene, muy generalizada por cierto, la creencia de que todos los problemas familias u ocupaciones suficientemente grandes para no poder ser resueltos con la ayuda del sacerdote o el gamonal, pueden solucionarse fácilmente pidiendo una audiencia en la Casa Presidencial, a fin de lograr que el Presidente de la República intervenga en favor de los intereses en juego, por muy remota que sea la conexión de éstos con la marcha del Estado.

No es ese familismo característica exclusiva del costarricense, sino algo usual en las sociedades predominantemente campesinas, como lo reconocen muchos sociólogos. Así, Maurice Halbwachs, citando a René Maunier, nos dice:

"En las poblaciones rurales, la familia parece ser en efecto el grupo por excelencia; ahí es donde está más extendido, donde los hombres conocen mejor a sus parientes y están más enterados de las relaciones familiares y parentescos por medio de las cuales se unen" (15),

agregando luego:

"... la familia campesina debe ser a la vez más extensa y más sólidamente constituída que en los medios urbanos. En efecto, en éstos toda una parte de la vida se desarrolla fuera del círculo doméstico, en las ocupaciones profesionales, en el taller, en los bancos, en las despachos...

"En el campo, por el contrario, el trabajo se desarrolla en el cuadro del grupo doméstico, en prados y potreros que le pertenecen, en las cercanías inmediatas de la casa, muy frecuentemente. Cuando unos campesinos se encuentran e intercambian reflexiones, se comunican noticias, cuando los unen o los separan diversos sentimientos, esos dos órdenes de preocupaciones se acercan y entremezclan, aunque no haya entre ellos relaciones de parentesco, ya que el pueblo es, en cierto sentido, una familia ampliada" (15).

Las anteriores son expresiones de un sociólogo francés, analizando las comunidades rurales de Europa Occidental. Sin embargo, bien podrían referirse al costarricense promedio, no sólo al campesino sino también al habitante de la pequeña ciudad, y aún a la mayoría de los pobladores del área metropolitana, cuyo contacto con el agro, aunque ya puede considerarse algo lejano, se mantiene en su esencia intacto pues no hay en Costa Rica quien pueda tenerse como ser urbano de varias generaciones.

Bueno es notar que Halbwachs usa el sentido familiar del campesino para fundamentar el localismo, otra de las formas en que se manifiesta la sociabilidad del hombre de comunidad pequeña y mentalidad rural. Así podemos explicar la exagerada vinculación del costarricense por su pueblo pequeño, especialmente notoria en las comunidades que, por falta de vías de comunicación, se ven obligadas a concentrarse en sí mismas. Hoy serían inconcebibles las luchas y rivalidades interciudadanas que tantas dificultades produjeron entre los cuatro principales centros de población de nuestra Meseta Central durante el siglo pasado; pero el localismo sigue dominando la vida de las poblaciones guanacastecas, y, aún entre las ciudades del área central encuentra forma de manifestación en aquellas actividades que, como los deportes, admiten una expresión puramente local de partidatismo.

(15) *LAS CLASES SOCIALES*. Fondo de Cultura Económica, México, 1950. Traducción de Max Aub; p. 39

(16) *Ibid*, p. 48.

Por la pequeñez de su medio y su esencia fundamentalmente campesina, el costarricense es familista. Limitado el campo de su actividad social por su pobreza básica, su gregarismo ha de encontrar en la familia toda su expresión.

Domina ésta la escena social costarricense. Sigue siendo el núcleo básico, la entidad social cuya vitalidad, manifestaciones y permanencia supera a todas las otras. Sólo así se explica que en una nación que tiene establecido el divorcio desde 1888, el número de divorciados —de cuyo aumento se oyen tantas quejas en los últimos años— ascendieron a 0.29% de la población de más de 15 años en el censo de 1950.

Aparecen en los núcleos urbanos, fundamentalmente en el área metropolitana, los primeros síntomas que han caracterizado la disminución de intensidad de los vínculos familiares en la cultura occidental. Al crecer los centros de población y multiplicarse en ellos los intereses y relaciones sociales, disminuye el acaparamiento del gregarismo que ha venido teniendo la familia. Al ser menos campesinos y más complejos, somos menos familistas y más, socios de clubes, partidarios de una agrupación política, integrantes de un sindicato, miembros de una asociación profesional. Los lineamientos básicos de la cultura a que pertenecemos hacen que, en nuestra evolución, sigamos la de los pueblos a los que, consciente o inconscientemente, buscamos imitar. Pero, pese a esos síntomas, siguen siendo las formas simples de organización social las que dominan la escena costarricense. Con ellas y no con el individualismo es que podemos explicar nuestra realidad social.

EL GENIO POLITICO

Nadie que estudie el pueblo costarricense, puede pasar por alto la importancia que en su idiosincrasia y su cultura tiene el aspecto político. Con los demás países latinoamericanos y especialmente con aquéllos que rodean el Caribe tiene de común Costa Rica su pobreza, su economía incipiente y débil basada en la exportación de uno o pocos productos básicos, y su identificación con la cultura occidental, dentro de las modificaciones ambientales producidas por la especial circunstancia de vivir en América y de ser latino-americanos. Pero, aparte de su especial homogeneidad racial, nada distingue más al costarricense que el hecho de haber desarrollado un régimen democrático, con un alto sentido de respeto a la dignidad del hombre y al derecho del pueblo a designar su gobernante, en las condiciones que en otros países sirven para justificar o mantener regímenes dictatoriales.

En el ejemplo político está la contribución propia y original del costarricense a la cultura del Caribe. Nuestra música folklórica es poca y sus fuentes están hoy casi extinguidas por el influjo y copia de la que nos llega de México. Nuestra literatura es pequeña y llena de limitaciones. Cada día es más difícil definir lo que es un traje típico costarricense. Nuestras fiestas populares, urbanas o rurales, carecen del más leve rasgo de originalidad. Pero, en cambio, hemos sabido desarrollar nuestras instituciones políticas en un ambiente de libertad, que tanto sacrificio ha costado a algunos pueblos y del cual tan lejos parecen estar muchos otros, de manera natural e instintiva, sin estridencias y —cosa todavía más rara dado que somos latinoamericanos— casi sin revoluciones.

El reconocimiento de ese triunfo del costarricense es casi universal, pero se le ha criticado duramente que ese espíritu democrático no haya cristalizado en la formación de organizaciones políticas de tipo permanente, de ideología definida entre las cuales se establezca la rotación en el poder que constituye la base esencial de las democracias organizadas de Europa Occidental (Francia, Inglaterra, los Países Bajos y los Escandinavos), de América del Norte (Estados Unidos y Canadá) o del Sur (Uruguay y Chile). Frente a la tradición de partidarismo y organización de esos pueblos, lo único que podemos mostrar los costarricenses es un "zutanismo", un cambio periódico de la persona que ocupa la Presidencia de la República, una

nomenclatura partidarista en la cual lo aconsejable y conveniente es que el nombre de la agrupación no indique ninguna ideología especial, ni la demuestren tampoco los discursos y manifiestos que se produzcan durante la campaña electoral.

Participo de las críticas que por ese motivo puedan hacerse a nuestra democracia. Como tantos otros quisiera verla consolidarse por medio de la interrelación y sistema que supone el que haya partidos representantes de los criterios políticos que dividen la opinión pública, sintiendo cada uno por el otro el respeto y la tolerancia que deben merecer las ideas en una democracia, y, lo que es más importante, aceptando de buen grado los cambios de poder a oposición que fatalmente se producen en un régimen de opinión pública. Reconociendo los puntos débiles de nuestra realidad política, no puede sin embargo aceptarse que se explique nuestro personalismo político por medio de la tesis individualista. A ello me obligan los razonamientos que por aparte han quedado hechos y la observación de que muchos otros países, tan acusados como nosotros de individualismo, viven un régimen histórico de partidos, entre los que se dan hondas divisiones ideológicas. La explicación ha de ser otra.

Hay que señalar, en primer término, que aun en aquellos países de división bipartidista o multipartidista, la persona o personas que se encuentren en la dirección del movimiento son factores de vital e indispensable importancia para el mantenimiento de los partidos políticos. El arraigo popular que tuvo el Partido Republicano en los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo pasado encuentra su explicación en el empuje obtenido por esa agrupación gracias a la personalidad, ideas y actuaciones de Abraham Lincoln. En igual forma, sería inconcebible imaginar los veinte años de dominio ininterrumpido del Partido Demócrata en ese país durante las últimas décadas si no hubiera estado jefado por Franklin D. Roosevelt. Los partidos tradicionales del Uruguay, Blanco y Colorado, han adquirido en este siglo un matiz determinado gracias a la personalidad de sus líderes máximos Luis Herrera y José Batlle Ordóñez. En Inglaterra puede verse claramente la importancia y necesidad de un líder en la casi total extinción del otrora glorioso Partido Liberal, que produjera en otras épocas conductores tan destacados como Gladstone y Lloyd George; su declinar se atribuye no sólo al hecho de haber quedado entre las dos tendencias principales de la época sino también a su incapacidad de producir personalidades suficientemente destacadas como para oponerse con brillo a los líderes laboristas y conservadores de nuestro tiempo. Doquiera, la personalidad del líder tiene una importancia vital en el desarrollo y triunfos de los movimientos políticos. Si ello es cierto para las democracias mencionadas, es todavía mucho más valedero para los países totalitarios donde el Dictador, Jefe Supremo, Caudillo, Führer o Duce, es exaltado en forma desmedida.

No debe por tanto extrañarnos que Costa Rica haya estado sujeta a la determinante influencia de ciertos conductores que hayan marcado el destino nacional de manera indeleble y que nuestros partidos políticos se formen alrededor de la personalidad de determinado político. En ello no nos diferenciamos absolutamente nada de otras sociedades humanas. En todas ellas el líder asume un carácter esencial, una importancia innegable. Como dice Williams Albig:

“El líder es la autoridad más importante para el hombre común... Aunque hay una tendencia creciente hacia el pensamiento impersonal, en tiempos de crisis a menudo se abandonan las teorías y los principios y se vuelve a abrazar el viejo y personal tipo de relación entre líder y seguidores” (17).

Aparte de ello, hay desde luego circunstancias de orden puramente interno que han influido en el régimen de partidos personalistas y pasajeros que caracteriza nuestra política. En primer término están la pequeñez de nuestro territorio y población y el espíritu eminentemente económico que se ha desarrollado con motivo de la frugalidad y pobreza de nuestra circunstancia. En una nación que está recién llegada al millón de habitantes y en la cual es axioma el que "todos se conocen", tenía necesariamente que resultar absurdo y dispendioso mantener una organización política permanente para elecciones a realizarse cada dos años, hoy cada cuatro, y precedidas de campañas políticas de unos pocos meses. Justificar y aun siquiera imaginar el gasto necesario para ese afán ante los costarricenses es cosa tanto más difícil, cuanto más atrás nos coloquemos en nuestra historia.

Pero, aún más importante para explicar la falta de partidos políticos permanentes e ideológicos en Costa Rica, es la falta de divisiones sociales o económicas profundas entre los costarricenses o, más bien, dentro de la elite dominante. En Estados Unidos, el Partido Demócrata, con la excepción de los Estados del Sur, es el vocero de los sindicatos obreros, las minorías raciales y los círculos intelectuales, mientras el Partido Republicano responde a los anhelos de los hombres de negocios, la alta clase media y los grupos campesinos tradicionalistas. En Inglaterra, el Conservatismo es un partido de aristocracia, propietarios rurales y hombres de negocio, mientras que el Laborismo fundamenta su organización en los trabajadores sindicalizados. Pero en la Costa Rica de siempre, dominada por una clase media de pequeños propietarios, la élite gobernante ha estado compuesta por hombres de una misma extracción, cultura y aspiraciones, gobernando casi siempre con los mismos intereses en mira. Al faltar ideales contrapuestos resulta difícil concebir como podría darse una división honda entre los partidos.

Prueba de ello la encontramos en que, cuando ha existido un motivo de real disensión ideológica, ésta ha repercutido en la fisonomía de las agrupaciones políticas. En el siglo pasado, la cuestión religiosa mantuvo divididos a los costarricenses por varios lustros en liberales y católicos. Esa división fue la causa de actos de tanta trascendencia como la expulsión del Obispo Thiel y los sacerdotes de la Compañía de Jesús, la secularización de los cementerios, el establecimiento del divorcio, y dió lugar a luchas tan apasionantes como la del 7 de noviembre de 1889. Llegó afortunadamente el día en que el genio costarricense supo armonizar las tendencias liberal y católica, que en muchos otros países siguen siendo las bases diferenciales de los partidos políticos históricos. Sin perder el espíritu católico, se conservaron la tolerancia y las conquistas que produjera el brillante período de nuestros liberales. Logrado esto, desaparecieron nuevamente las divisiones políticas ideológicas y volvimos a las agrupaciones electorales pasajeras, perdurables por una y cuando mucho dos elecciones, carentes de un "ismo" definido y de programas de gobierno a cumplir desde el poder.

Cosa parecida a la época de la lucha religiosa ocurre hoy día en Costa Rica. Los temas han cambiado pero otra vez vuelve a plantearse una división ideológica sobre distintos criterios de gobierno. La intervención del Estado en el proceso económico y sus obligaciones en el campo social sirven hoy de motivo de disputa. Los temas no son originales; alrededor de ellos gira la política de nuestro siglo. En Costa Rica fueron planteados hace ya mucho tiempo; la mayor actividad estatal en el campo económico la intentó por primera vez don Alfredo González en los tres años, 1914 a 1917, que duró en el poder; las reivindicaciones obreras sirvieron de plataforma política al Reformismo en los años veinte. Una y otra sirvieron de bases de acción para los ocho años de gobierno Calderón-Picado, en cumplimiento del pacto celebrado en 1942 entre los Partidos Comunista y Republicano Nacional.

Sucedió sin embargo que don Alfredo González y el General Volio hablaron y actuaron cuando el país no estaba preparado para escucharlos. De ahí que sus

tesis parecieran no haber tenido continuadores durante muchos años. Por otra parte, la reforma tributaria y la acción social del régimen de Los Ocho Años fueron oscurecidas ante el debate público por la corrupción administrativa y las violaciones a la libertad de elegir que aquél cometiera desde el poder.

Al plantearse en 1948 y aplicarse en forma más madurada desde 1953, las tesis políticas del Partido Liberación Nacional no hubo como antes falta de madurez ni motivos de distracción para la opinión pública. La actividad social y económica del Estado son motivo de encendida discusión y ante el constante machacar de criterios contrapuestos, pareciera plantearse hacia el futuro una mayor división ideológica de los costarricenses.

Coincide dicho fenómeno con una mayor consolidación de los grupos propiamente urbanos, con un mayor sentido de independencia en el campesinado, con la incorporación a la vida nacional de regiones de fisonomía muy distinta a la de la Meseta Central, con la formación de entidades industriales y organizaciones obreras, que cada día se tornan más vitales y deseosas de traducir la influencia en legislación y medidas gubernativas favorables a sus intereses.

Esa diversificación de las aspiraciones políticas, ese estructurarse distintas élites con intereses contrapuestos, parecieran añadir base al convencimiento de que son más necesarios los partidos políticos permanentes y la exigencia de que los líderes tengan, además de personalidad y magnetismo popular, una línea de acción y un programa que presentar a los ciudadanos. La vida política se complica y cada vez resulta más difícil reducir su actividad al año que precede a una elección presidencial.

Si de todo ello saldrá una mayor organización de los partidos políticos y una más racional distinción ideológica entre ellos es cosa que apenas se vislumbra y que no puede todavía asegurarse. Por el momento, lo único cierto es que, frente a la solución de los problemas económicos y sociales hace crisis la identidad de aspiraciones que otrora caracterizaran la realidad política costarricense. El legado común de respeto a la dignidad humana y acatamiento a la voluntad popular, más que intactos se encuentran fortalecidos. Pero la división se plantea en el presente y se proyecta hacia el futuro sin que aparezca cercana ninguna solución de la actual lucha ideológica.